

## LA CONFERENCIA ECONOMICA MUNDIAL EN LONDRES

POR MIGUEL A. QUINTANA

La Conferencia que ha citado el Gobierno de Inglaterra para tratar en ella varios problemas muy interesantes de la economía mundial, tendrá gran importancia histórica, principalmente porque es la primera vez que esa poderosa, a la par que inteligente nación, no sólo acepta tratar de asuntos económicos con las demás naciones, sino reúne en su capital alrededor de ochenta para tratar, entre otras cosas, de moneda, de crédito y de tarifas; tres tópicos que antes de la guerra europea no le interesaban, porque, en materia de moneda, la libra esterlina ocupaba el primer lugar en el comercio mundial, refiriéndose a ella todas las operaciones de cambio, por ser Londres el gran centro bancario en donde, se puede asegurar, se venían a liquidar todas las operaciones que verificaban entre sí todas las naciones; además, era el mercado de la plata y el centro distribuidor del oro, pues Inglaterra encierra dentro de sus dominios la mayor producción de este metal. Respecto al crédito, tratándose de su manejo en el interior, Inglaterra pudo levantar el más grande edificio sobre las bases más pequeñas de oro, sosteniendo siempre la circulación de los billetes necesarios para las transacciones domésticas sin garantía ninguna metálica y sin que se hubiese dado el caso de la menor desconfianza hacia el papel; y era acreedora de todas las demás naciones: aun de las que se estimaban como sus enemigas industriales, como Alemania, a la que prestó grande ayuda para el desenvolvimiento de su industria; como los Estados Unidos que también se aprovecharon del crédito que les otorgaba Inglaterra para el mismo objeto. Tiene, además, grandes inversiones en todo el mundo que le proporcionan rentas muy crecidas, ya en empréstitos a los gobiernos, en minas, ferrocarriles, industrias, etc.

En materia de moneda, Inglaterra nunca quiso tomar en cuenta las distintas gestiones que Francia hizo, a mediados del siglo pasado, para conseguir la unificación de la gran variedad de signos de cambio que existían en Europa. Asistió a las diversas conferencias que se reunieron en París, dos de ellas por gestiones especiales hechas por los Estados Unidos para contener la baja de la plata y rehabilitar

este metal como moneda, pero nunca sus representantes dieron su voto, y en alguna de esas conferencias manifestaron que Inglaterra no encontraba motivos fundados para cambiar su libra esterlina. Esta misma conducta observó con sus pesas y sus medidas. Nunca pensó que debería discutir las suyas, y las impuso al mundo, sobre todo las de longitud, a las cuales están arregladas todas las que se refieren a maquinaria.

Por lo que respecta a tarifas aduaneras, la Inglaterra libre-cambista estaba orgullosa de su sistema, que tampoco deseaba discutir, cuando todas las demás naciones se encerraban para organizar industrias en la que ella era maestra, teniendo necesidad de protegerlas ante el temor de la invasión del artículo inglés de gran renombre y de buenos precios.

Todo era tradicional en Inglaterra antes de la guerra europea. Sus industrias de telas de lana y algodón se fundaron a fines siglo XVIII, como resultado del aprovechamiento de la fuerza del vapor, que lograron fabricando sus calderas y motores con el hierro de sus minas y utilizando su carbón de piedra para alimentarlas. Su sistema bancario es también centenario, y de generación en generación de banqueros se transmiten y perfeccionan los mejores métodos para el manejo del crédito. En igual forma se manejan sus grandes empresas de navegación comercial, cuyos buques trafican en todos los puertos del mundo, y las compañías de seguros, que tienen extendidas sus ramificaciones en todos los países.

Se ha puesto especial énfasis para demostrar, aunque sea en unos cuantos renglones, la importancia de Inglaterra, para comprender la grandísima significación que tiene el haber citado a todas las naciones para una conferencia en la que se trataran puntos económicos que, seguramente, interesan mucho a esa nación que en otros tiempos no sólo no necesitaba de consejos para manejar su economía, sino que daba las normas a otros países, en todo lo que se refiere a producción y circulación de las riquezas. Inglaterra, probablemente, no necesita del consejo de las naciones que ha citado para arreglar su economía; pero es seguro que sí necesita de su cooperación para salvarla, como lo necesitan las demás del Continente europeo. Por esto es que existe un gran peligro para las naciones débiles si van a formar una mayoría que bien puede sufrir la influencia de alguna potencia—la misma Inglaterra—que tratará de que se aprueben determinaciones que benefician imperialismos comerciales de antiguo establecidos, sin que esa minoría de intereses dispersos pueda tener la fuerza necesaria para contrastar la aprobación de resoluciones que benefician a las potencias principales de Europa: Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, unidas ya en un pacto que les dará gran poder.

Las condiciones económicas actuales son totalmente diversas de

las que prevalecían en el mundo antes de la guerra europea. Se puede asegurar que esa guerra no terminó con el armisticio que se firmó en 1914 y que éste subsiste únicamente por lo que se refiere a la lucha entre los ejércitos que tomaron parte en la contienda, pero que la guerra entre las naciones ha seguido cada vez más enconada; solamente que en ella se está haciendo uso de otras armas quizás más terribles que las de fuego, armas que no se conocían hace veinte años y son: el "dumping", las tarifas aduaneras y las monedas depreciadas, que también tienen sus efectos destructores. Las víctimas son ahora los hombres sin trabajo, que se cuentan por millones en todo el mundo, y los que han perdido sus capitales con la ruina de muchas industrias, con la deflación de los valores, con las quiebras de los bancos, con la baja de los precios, con la sobreproducción, que no permite las ventas de lo que se fabrica y con las monedas depreciadas.

No obstante la gran lucha que existía antes de la guerra, principalmente entre Inglaterra y Alemania, para conseguir y dominar los mercados mundiales con el objeto de vender en ellos su producción, causa esta muy determinante en la ruptura del equilibrio inestable en que estaba la política europea, se puede decir que la economía mundial era estática. Cassel dice que una economía se encuentra en una situación estacionaria, cuando se mantiene continuamente el número de individuos que constituyen el grupo económico en cuestión, sus necesidades individuales y también la totalidad de las necesidades del grupo. A esta situación se le da el nombre de "estática", tomado de la mecánica. Debe hacerse la aclaración de que un mercado en estado de equilibrio o de "estática", no supone la falta de movimiento en él, que es la base del cambio que puede ser muy activo. Existen en ese mercado precios estáticos con los cuales los valores reales, los salarios y tipos de interés tienden a igualarse aun en los momentos de mayor movimiento en el desarrollo del mercado; la oferta y la demanda se encuentran dominadas por la misma tendencia; obtener la mayor utilidad posible con los costos más reducidos, es decir, por la tendencia a la máxima productividad. Esta situación ha de conducir, considerando el proceso a la larga y supuesta la libre competencia y la desaparición de elementos perturbadores, a que la línea de la oferta y la demanda llegará a encontrarse en un punto en que alcanzará el equilibrio en el mercado; y cuando se haya alcanzado este punto, el sujeto económico no podrá mejorar su situación económica cambiando el sentido de sus órdenes en el mercado. Ni para los medios de producción, ni para los productos, se puede alcanzar un precio más alto, pues se ha llegado a un sistema de precios en que los de los medios de producción están necesariamente en una relación exacta con los precios de los productos obtenidos mediante su empleo.

La situación de la economía mundial anterior a la guerra estaba en estas condiciones. Se surtían regularmente los mercados por los productores de los distintos países industriales, utilizando en la competencia, que ya existía, más bien los sistemas modernos de propaganda y el buen servicio y atención de la clientela, que la oferta de precios muy bajos para igual calidad de artículos. Alemania ya comenzaba a causar serias inquietudes a sus rivales en la industria, con la introducción a los mercados de los substitutos más baratos de muchos artículos de universal consumo, que desalojaban a los que estaban mejor fabricados y eran de mayor precio; pero al fin se vendían los unos y los otros porque la paz reinaba en todas partes y la tranquilidad económica era la consecuencia natural de ella. Por otra parte, la industria de los Estados Unidos, ya muy importante en esos tiempos, se empleaba, principalmente, en llenar las necesidades de su creciente población, que contaba con jornales muy elevados y por consiguiente con una gran capacidad de adquisición. Bien es cierto que Wilson criticaba en su campaña presidencial el alto coste de producción de la industria americana y la acusaba de hacer el "dumping" con determinados artículos que no se podrían vender en el exterior si no era a precios más bajos que el de coste; pero nunca pensó en que llegaría un momento en que no se podría vender esa producción, ya que abogaba por un sistema de tarifas que diera a los fabricantes extranjeros la posibilidad de concurrir con sus productos al mercado americano; y para este fin envió a Europa sus famosas comisiones investigadoras de costes de producción de las mercancías de mayor consumo. Excepto Inglaterra, que permanecía libre-cambista, todas las demás naciones industriales se encerraban dentro de sus fronteras para proteger con derechos aduanales su consumo doméstico; y los países no industrializados seguían el sistema proteccionista para proteger también sus nacientes industrias, al mismo tiempo que utilizaban sus tarifas como medio fiscal que les proporcionaba fuertes ingresos. Comparado el estado económico de esa época, se le puede estimar y clasificar como "estático".

Por otra parte existe la dinámica económica que Amonn define como un sistema de fuerzas y magnitudes de naturaleza económica en movimiento, sistema cuya naturaleza se transforma en un período determinado de tiempo, en otras magnitudes y relaciones de fuerzas determinadas. Estas fuerzas aumentan o disminuyen, totalmente o en parte, de un modo duradero o temporalmente, y son suficientes para separar los precios de su nivel normal. Las principales influencias que perturban el medio económico son las siguientes: a) el crecimiento de la población; b) el crecimiento del capital; c) la transformación de los métodos de producción; d) transformación en la organización de la industria; y f) transformación en las necesidades de los consumidores. Debe agregarse a estas influencias, para estar de

acuerdo con los fenómenos que actualmente se están presentando, y tratándose también del mercado mundial; g) la depreciación de la moneda; y h) las tarifas que son un obstáculo para la libre competencia.

Si examinamos uno a uno estos factores, veremos que todos ellos se han puesto en juego después de la guerra europea, determinando la seria perturbación del medio económico. De todos deberá tratarse en la Conferencia de Londres, aunque a muchos de ellos no se les encuentre una solución favorable que esté de acuerdo con los intereses de las economías de todos los países que estarán representados. Es necesario dar una idea de lo que representa cada uno de esos interesantes factores, para que nos demos cuenta de la posibilidad o imposibilidad que haya para restituirlos a sus condiciones normales, o sea para conseguir nuevamente una economía "estática".

No obstante las grandes bajas que tuvo la población europea con motivo de la guerra, la población del mundo ha tenido un gran aumento en el curso de este siglo; y ese aumento ya no acongoja a la humanidad por el temor de la falta de subsistencias, de acuerdo con el problema planteado por Malthus, pues la ciencia moderna aplicada a los medios de cultivo de los campos, a la propagación de los ganados y de las aves y al buen aprovechamiento de todos los productos agrarios y del mar y a su conservación para hacerlos llegar a los lugares más remotos, pone a cubierto a la humanidad de la falta de alimentos. El problema no es de alimentación por la falta de comestibles; es de falta de alimentación por carencia de los medios necesarios para adquirir las subsistencias. El problema del crecimiento de la población se convierte en problema de trabajo para el individuo que llega a la edad en que tiene que bastarse a sí mismo, en los momentos en que las máquinas eliminan cada vez más el elemento humano. Es cierto que la máquina, si bien sujeta al obrero a un trabajo que requiere cada vez menos esfuerzo muscular, en cambio le pide más inteligencia para manejarla, haciéndolo más refinado y con necesidades más elevadas, que requieren mayor producto del trabajo para satisfacerlas y por consiguiente más jornal que no siempre se le da. Si substituímos el peón que trabaja en los campos con la pala o con el arado primitivo y el trabajo a mano con una máquina manejada por un experto mecánico, habremos eliminado diez o más obreros rudos que se alimentan con maíz y viven en un jacal, pero al experto mecánico tendremos que pagarle un jornal mucho más elevado, que sea suficiente para que cubra otra clase de necesidades de alimentación y vestido, de habitación y de cultura; y si en toda nuestra explotación agrícola llegamos a desterrar el trabajo del antiguo peón, para trabajar con máquinas, seguramente que habremos progresado social y económicamente, pero nos quedará el problema de la ocupación de los peones a quienes hemos quitado el tra-

bajo, equivaliendo esto a un desmedido crecimiento de la población, problema que perturba seriamente el medio económico y que es el que actualmente tiene que resolverse, porque todo el que viene a la vida tiene derecho a algo más que no sea lo estrictamente necesario para su subsistencia.

Las naciones fuertemente industrializadas han tenido un progresivo aumento en su capital privado y nacional que se ha acumulado, principalmente, en instrumentos de producción. En los Estados Unidos ha sido más tangible este fenómeno, porque las grandes utilidades que se hicieron durante la guerra europea y en los primeros años que siguieron al armisticio, se dedicaron al aumento de la industria que había proporcionado tan grandes utilidades. Todo lo que se fabricaba encontraba inmediato mercado, tanto porque la guerra había privado de muchos artículos a los países no productores, como porque las fábricas europeas estaban en un período de reorganización y no podían surtir esos mercados. Poco a poco los mercados se fueron saturando con la enorme cantidad de mercancías que a ellos se introducían, al mismo tiempo que la demanda iba decreciendo por causa de que la extensión de las ideas nacionalistas determinaban el establecimiento de industrias domésticas, muchas de ellas verdaderamente exóticas, que se fundaban en virtud del acrecentamiento de los capitales o por las facilidades del crédito, con las máquinas que los grandes países industriales vendían a las naciones débiles, máquinas que causaron el efecto de que esas naciones fuertes perdieran definitivamente el mercado de muchos de sus productos, por haber proporcionado los instrumentos de producción. Por otra parte, el aumento prodigioso de los capitales determinó el alza de todos los valores cotizables en las bolsas, en las cuales los bancos americanos jugaron a la alza los capitales de sus depositantes, con el resultado que se ha visto de la quiebra de más de diez mil bancos que arruinaron o causaron grandes pérdidas a millones de depositantes. Nunca como ahora se ha visto a las naciones que han acumulado grandes capitales y enormes cantidades de oro, ahogadas por esas mismas riquezas y envueltas en una crisis de la cual no han podido salir, y de la que saldrán después de haber hecho muchos sacrificios y grandes rectificaciones a las normas que han regido la economía capitalista. De la Conferencia de Londres se espera una honrada rectificación de la mayor parte de las legislaciones bancarias de las naciones, en el sentido de garantizar a los que otorgan el crédito a los bancos, recibiendo los billetes y confiándoles sus depósitos, y al pequeño capitalista que subscribe o compra en las bolsas acciones de empresas particulares, por medio de una estrecha vigilancia de los gobiernos sobre esas empresas.

El capitalismo, que es la acumulación de riqueza por un reducido grupo, que hace uso del poder que ella le da para provecho propio y

para dominar en un gran número de empresas (riqueza viene de la palabra alemana REICH, poder) cuando no a economías extranjeras, ha causado en los últimos tiempos esa perturbación del medio económico, porque ha desalojado de la producción a un gran número de empresarios pequeños, que han tenido que engrosar las filas del proletariado; y porque cada día aleja más del trabajador la posibilidad de convertirse en empresario, por causa de que el establecimiento de las industrias, con las máquinas actuales, requiere una gran cantidad de capital inicial para su instalación y otra no menos grande en capital circulante, para poder manejar la empresa con un resultado satisfactorio. Ningún artículo, aun cuando presente una utilidad muy grande que llegue a hacer imprescindible su necesidad, convirtiéndose en un artículo de universal consumo, puede introducirse en el mercado, si no se cuenta con el capital sobrado para hacerle una amplia propaganda que tenga la suficiente fuerza para actuar sobre la psicología del comprador, por el método de la repetición. En cambio, productos que económicamente hablando no son oportunos, es decir, que no proporcionan utilidad al comprador, pero que son vendidos en virtud del anuncio sugestivo, como una preparación medicinal que no causa el efecto que se anuncia, se pueden distribuir ampliamente y obtener con ellos una gran rentabilidad para el que los fabrica. La industria moderna cada día se aleja más de la familia y del pequeño taller, para concentrarse en las grandes fábricas que cuentan con instrumentos de producción muy costosos. Igual fenómeno se observa en el campo, en donde las explotaciones en pequeño y con métodos antiguos, sucumben ante los precios de coste que se obtienen de los campos trabajados con maquinaria en la que se invierte fuerte capital.

La transformación de los métodos de producción y la organización de la industria, tercero y cuarto factores que perturban el medio económico, son algo de lo que no puede tratarse en la Conferencia de Londres, porque sería tanto como desear un retroceso a los métodos viejos de producción, que hoy no bastarían para cubrir las necesidades de la humanidad; pero esto no quiere decir que no deban estudiarse métodos indirectos para remediar los males que ha causado este progreso industrial. Si fijamos nuestra atención en la industria de transportes, por ejemplo, veremos que la mayor parte de los ferrocarriles del mundo están en condiciones de no dar utilidades, porque el transporte de personas y de mercancías por medio del automóvil cada día les quita más cantidad de pasajes y fletes, debido a que ese medio de transporte ha resultado de una gran oportunidad para una y otra cosa. El problema no se resuelve suprimiendo el ferrocarril o el automóvil, sino buscando la forma de que el segundo complemente el servicio que presta el primero, por medio de caminos radiales a las vías férreas que servirán de tronco para la circulación

de las mercancías a grandes distancias. La construcción de caminos carreteros paralelos a las líneas férreas determinará la ruina de éstas.

No será posible detener la continua transformación de las máquinas, ni la tendencia de sus fabricantes para obtener en cada perfeccionamiento la mayor eliminación del trabajo humano y el mayor rendimiento. A cada máquina nueva puesta en trabajo, corresponde la supresión de la anterior, que no da el mismo rendimiento o que emplea más trabajo humano; y así vemos cada día más y más pérdidas de valiosos instrumentos de producción, que representan capital y mayor desplazamiento del trabajo humano; a la par que la producción, no obstante esos desplazamientos de capital y de trabajo, sigue en aumento, sin que sea posible encaminarla hacia los millones de hombres que malamente cubren necesidades rudimentarias, como gran parte de nuestra población indígena, o a los que carecen de todo porque las máquinas los han privado del derecho de ganar un jornal. La humanidad, a modo de pesadilla dantesca, tiene de continuo el problema siguiente: si todo el pueblo no cuenta con jornales que cubran ampliamente las necesidades actuales, no hay posible consumo de la producción; pero si se admite a todos los parados al trabajo, se producirá más y no hay consumo para esa producción. Círculo vicioso al que el capitalismo no le puede encontrar el punto para salir por la tangente y entrar en la economía estática de que se ha hablado. Hace cien años (véase artículo del mismo autor en el núm. 134 del "Economista" "La Política Económica de los últimos cien años"), que el capitalismo industrial tiene al frente este problema sin poderlo resolver, porque no se desea emplear métodos razonables para conseguir esa solución.

Es inútil probar que la llamada sobreproducción es la causa más tangible de la crisis y la que ha producido los diversos factores que la han venido acentuando progresivamente. A esa sobreproducción se le debe, en la época en que se vendían las mercancías fácilmente, la inflación del precio de todas las acciones industriales y después la protección prohibicionista, el "dumping" y la depreciación de la moneda; pero esa sobreproducción no existe efectivamente, pues las actuales fábricas de toda clase de artículos, aun trabajando intensamente y a su mayor capacidad; aun mejor organizadas y con el cambio de su utilaje por otro más eficiente, no serían suficientes para abastecer todas las necesidades mundiales. Este es el problema de mayor relieve económico que le corresponde resolver a la Conferencia de Londres: ¿Cómo hacer llegar la producción a los pueblos de cultura retrasada que carecen de la mayor parte de los artículos de primera necesidad que usan las naciones fuertemente industrializadas, que son las más ricas? ¿Cómo dotar a esos pueblos con las actividades suficientes para que puedan ganar un jornal elevado que les dé un

poder de compra que nunca han tenido? Si se resuelven estas dos preguntas, que realmente se encierran en una sola, se habrá andado la mitad del camino y la Conferencia se anotará como un éxito en la historia económica contemporánea.

Pero mientras se hace esa labor lenta de penetración económica en esos pueblos, para crear el trabajo y las necesidades que traerán el consumo, bien pudiera ser que a las organizaciones obreras les tocara en suerte el preparar el terreno, reduciendo la jornada de trabajo, con igual jornal, al número de horas estrictamente necesario para rebajar la producción a un límite que permita la aceptación de los obreros sin trabajo en las fábricas, y que no haya sobrantes de producción que abaten los precios y ponen en peligro las industrias.

El problema por resolver es de una complejidad inmensa, porque no se pueden unificar las economías de todos los países para llegar a una solución favorable. No se puede formar un inmenso cartel que regule la producción de la América, de Europa, de Rusia y del Japón, aunque no se contara con la industria de la India, la de Australia y la misma de China—la mayor parte en poder de los japoneses—que mucho significan en la producción mundial. No puede surgir un dictador de la economía mundial que pueda conseguir tal cosa; y si apareciera, tal vez no sería obedecido. ¿Cómo será posible limitar la producción, si se siguen vendiendo más y más máquinas, provistas cada día con mayor número de perfecciones para eliminar el trabajo humano y para obtener el coste más bajo de la producción? Necesario era el limitar el armamento industrial, ya que se está tratando de limitar el armamento guerrero; y no puede hacerse esto, porque agravaría el problema de los sin trabajo y la pérdida de grandes capitales. No queda más recurso que el procedimiento evolutivo de abrir mercados con la fuerza que da el capital, para crear en ellos el consumidor, proporcionándole los medios para que compre lo que se fabrique. Pero para no incurrir en el imperialismo del capital, que ya los pueblos rechazan enérgicamente por medio de la defensa en contra de la invasión económica, que ahora se llama nacionalismo, preciso será que en la Conferencia se traten estos delicados asuntos en una forma verdaderamente razonable, que esté de acuerdo con los principios de una justicia muy humana.

El factor "transformación en las necesidades de los consumidores" es de un interés de actualidad y determinante en la perturbación del medio económico. Si nos fijamos en los precios de los artículos universales de primera necesidad de hace treinta años y los comparamos con los actuales, veremos que, en la clase media, por ejemplo, debería haber un bienestar mayor por motivo del alza efectiva que han tenido los jornales y los sueldos, y por causa de que muchos artículos de consumo que antes eran de lujo, están hoy a su alcance

en precios, como la ropa de la mujer, reducida a lo estrictamente indispensable debido a las modas que han simplificado notablemente la cantidad de telas que antes se empleaban en sus vestidos. Lo necesario para vivir de acuerdo con las costumbres de hace treinta años, no ha subido de precio y, sin embargo, en todas las clases sociales se siente inquietud porque no se pueden llenar las necesidades, cuando todos los productores se quejan de los precios bajos. Esto tiene su explicación en el prodigioso aumento de las necesidades. La industria moderna tiene a su cargo la tarea de imponer a la humanidad un continuado aumento de sus necesidades, con el objeto de sostener el trabajo de sus fábricas y obtener utilidades. Así presentan todos los días artículos nuevos de todas clases, necesarios o inútiles, que introducen en el consumo por medio de sugestivas propagandas que actúan eficazmente sobre la psicología del comprador. Se explotan las necesidades complementarias vendiendo artículos que después necesitan de la adquisición de otros más para sostener el efecto que es causa de su fabricación: o se cambian continuamente las modas para explotar el deseo de apariencia, como sucede con el automóvil, que anualmente se muda en su aspecto y en algunas de sus características mecánicas, para obligar al cambio al que posee uno anticuado; y así se hace con el vestido, con los libros, con las películas del cine, con la música, etc. La mayor parte de la humanidad, sobre todo después de la guerra, emplea la renta de su trabajo en la adquisición de bienes de consumo y de uso que tienen muy poca vida, o que se desechan porque no están de acuerdo con la moda, o no satisfacen una necesidad de nueva creación; y esto impide la capitalización y quita, por lo tanto, la esperanza de un mayor bienestar en el futuro. En las naciones que se llaman de cultura más elevada, porque están fuertemente industrializadas y son esclavas de mayor número de necesidades, el sentido de la previsión en favor de la familia se hace consistir en el seguro de vida, para poder gastar todas las rentas; y por esto, el amasar capitales por medio del ahorro, es algo que se va alejando de la mayor parte de las familias. Se hace consistir la cultura en la ilimitación de las necesidades, y esto podría estar bien tratándose de algunas de ellas, como son las del espíritu; pero al crear las necesidades, se les va retirando a los pueblos los medios para satisfacerlas, quitándoles el trabajo por medio del perfeccionamiento de las máquinas. La producción aumenta prodigiosamente después de la guerra, se hace científica en su organización, se logra su gran productividad y se pone en el mercado todo lo que puede exigir desde el hombre más inculto hasta el más refinado; pero no se han empleado los mismos medios científicos para organizar su circulación en forma de que pueda ser adquirida por la mayor parte de la humanidad; y tampoco se ha llegado a un reparto equitativo de la tierra. Mucho se ha hecho en este sentido después de la guerra, porque así lo han exigido los pueblos; pero ¿de qué sirve ese

reparto de tierras sin instrumentos de trabajo, que al capitalismo no le conviene proporcionar? ¿En qué forma va a luchar el proletario, aunque tenga la propiedad de la tierra, con las grandes explotaciones capitalistas de los campos?

El problema de la salida de la producción pudiera ser de fácil solución para las naciones de fuerte organización industrial capitalista, que pueden luchar en la adquisición de los mercados; pero para nosotros, que estamos encerrados dentro de nuestras fronteras por medio de la protección, gracias a la cual hemos podido formar una industria verdaderamente doméstica que no es posible exportar, esa solución no depende de encontrar mercados, sino de buscar el consumo dentro del país, elevando los jornales para que el pueblo pueda adquirir mayor cantidad de bienes. Esto no depende de las resoluciones de ninguna conferencia, sino de nosotros mismos. Los Estados Unidos no sintieron por mucho tiempo la sobreproducción de su industria, porque, al mismo tiempo que creaban la necesidad de consumo, daban al pueblo los medios para adquirir los bienes que se producían, aumentando el jornal hasta conseguir que el *mínimum* fuese mayor que en cualquier otra parte del mundo; y en este período de tiempo, durante el cual aumentó prodigiosamente su población, se creó un gran bienestar por medio de la capitalización que pudo hacer una gran parte del pueblo. Asimismo en Rusia, si se consolida la creación de sus grandes industrias, pasarán algunos años durante los cuales sus productos se destinarán a las necesidades de su propio pueblo; pero cuando éste se sature con esos productos, Rusia se verá obligada, lo mismo que cualquier otro país industrial, a buscar la salida de los sobrantes, entrando en la concurrencia mundial a los mercados, los que tendrá que conquistar por iguales o más peligrosos medios que los que ha empleado el capitalismo. La fórmula actual es vivir para la producción, sin que se tenga en cuenta a dónde irá a dar esa producción, si es oportuna para la humanidad, y si ésta cuenta con los medios necesarios para adquirirla. En todos los países se fabrican los mismos artículos de universal consumo y la tarea consiste en rechazar la entrada, por una parte, y en forzar las aduanas, por la otra, haciendo uso de las armas conocidas: el "dumping", el contrabando y la moneda depreciada. Nunca había existido mayor anarquía en la división del trabajo mundial; nunca se había presentado fenómeno igual de confusión y desorientación; nunca la humanidad había ejercitado tan continuada acción de robar el trabajo a la misma humanidad. Existe el estado de guerra económica más terrible que se ha visto en la historia, y las naciones no acaban de convencerse de que esta guerra, este estado de falta de justicia en el reparto de los bienes, que permite que a millones de familias les falte el sustento, precisamente en los países que se llaman más civilizados; esta situación que evita la formación del patrimonio a que tiene derecho

cualquier hombre en la medida de su capacidad productiva, ha sido la causa de la guerra europea; lo será de otras guerras internacionales si los sufrimientos que ha tenido Europa no consolidan y aprietan los intereses de todos sus pueblos para buscar el bien común; y determinará otras revoluciones que harán caer a los gobiernos que no se ocupen intensa e inteligentemente de buscar los remedios más eficaces para todos estos males.

“Producir para vivir” deberá ser la fórmula del futuro. La sentencia milenaria del Génesis es la bendición de la humanidad, porque todos deben vivir de su trabajo y alcanzar con él su bienestar físico y espiritual. En todas las épocas del mundo han existido las desigualdades y la humanidad ha sufrido; pero la organización económica del capitalismo, que tomó a su cargo la industria que estaba en poder de los gremios y de las familias, ha dado por resultado lo que quizá no se vió ni en la Epoca Antigua ni en la Edad Media: que en medio de la gran abundancia de bienes de todas clases; en las ciudades más opulentas, en donde están establecidos los grandes almacenes de comestibles; en los lugares donde el lujo es más ostentoso y existen los millonarios, el ejército de reserva del capitalismo—los desocupados—no pueden llevar el pan a sus hogares, porque no pueden alcanzar lo más insignificante que puede pedir un hombre: trabajar con el sudor de su frente.

Alrededor de este gran problema giran todos los demás que anota la Agenda de la Conferencia de Londres: el crédito, la moneda, las tarifas, la nivelación de los presupuestos, síntomas todos ellos de esa confusión, de esa desorientación en la división del trabajo mundial y en el reparto de la tierra y de los bienes.

El signo más determinante de la anarquía económica es el desnivel de los presupuestos de todas las naciones. No viene ese desnivel únicamente de la falta de ingresos por la falta de rentabilidad de los negocios, como sucede en las naciones que tienen establecido el sistema de impuestos sobre la renta. Viene por las necesidades creadas nuevamente, aumentadas con la depreciación de la moneda. Así como la producción necesita una nueva organización para repartirla; así como precisa establecer un nuevo sistema de división del trabajo y, sobre todo, el equitativo reparto de su producto, llámese a este sistema comunismo, socialismo, tecnocracia o de cualquier otra manera, el Estado necesita otros ingresos y otras normas para administrarlos. A su cargo están ahora muchos de los servicios públicos que no pueden desempeñar las empresas particulares, pero de día en día tendrá que hacerse cargo de muchos más, como son los de comunicaciones en toda su extensión y los de luz y fuerza, a fin de quitar un intermediario que no sólo encarece la producción, sino que puede entorpecerla favoreciendo intereses privados.

La crisis que provocó la guerra europea con su gran destrucción de hombres y de bienes, no es un fenómeno pasajero que se desvanece fácilmente cuando se restablecen las condiciones que antes prevalecían y que se alteraron incidentalmente, como ha sucedido en las crisis anteriores que ha sufrido el mundo. La actual es fundamental, porque se han invertido muchos valores que se consideraban como normas inconvencionales de los fundamentos de la organización económica. La economía mundial está construída con la ciencia, que es la experiencia de muchas generaciones que han sufrido. No se necesita ni construir nada nuevo, que mucho tenemos de todo, ni destruir lo que se ha edificado con tanto trabajo. La labor es de ordenar, de poner cada cosa en el lugar más adecuado para que preste el servicio que se le ha encomendado y que debe ser, no el enriquecer a un grupo, sino el procurar el bienestar de todos. Que la humanidad toda tenga derecho al trabajo bien remunerado, y que en un supremo esfuerzo colectivo, que sea la última de sus rebeldías, acabe con los armamentos de las naciones, destruyendo a los que trafican con ellos, y se niegue a prestar su contingente de sangre en las guerras que se provoquen para imponer cualquier clase de imperialismo.

La vieja Europa no se unirá en la Conferencia de Londres para resolver el gran problema que le dejó la guerra, pues pesan sobre ella muchas cosas viejas que no se podrán remover; pero de la nueva América, estrechamente unida en sus intereses económicos, sí puede surgir la "Nueva Libertad" de que hablaba el Presidente Wilson. La libertad sin trusts, sin cartels, sin el dominio del capitalismo. La moneda metálica y el crédito al alcance de todo el que trabaje honestamente. México está preparado para recibir esta nueva libertad y sabrá hacer uso de ella. Debemos esperar una era de progreso para él.